



Sáb

27
Jun

2020

Evangelio del día

Duodécima Semana del Tiempo Ordinario - Año Par

“Él tomó nuestras dolencias”

Primera lectura

Lectura del libro de las Lamentaciones 2, 2. 10-14. 18-19

Ha destruido el Señor, sin piedad,
todas las moradas de Jacob;
ha destrozado, lleno de cólera,
las fortalezas de la hija de Judá;
echó por tierra y profanó
el reino y a sus príncipes.
Se sientan silenciosos en el suelo
los ancianos de la hija de Sion;
cubren de polvo su cabeza
y se ciñen con saco;
humillan hasta el suelo su cabeza
las doncellas de Jerusalén.
Se consumen en lágrimas mis ojos,
se conmueven mis entrañas;
muy profundo es mi dolor
por la ruina de la hija de mi pueblo;
los niños y lactantes desfallecen
por las plazas de la ciudad.
Preguntan a sus madres:
«¿Dónde hay pan y vino?»,
mientras agonizan, como los heridos,
por las plazas de la ciudad,
exhalando su último aliento
en el regazo de sus madres.
¿A quién te compararé,
a quién te igualaré, hija de Jerusalén?;
¿con quién te equipararé para consolarte,
doncella, hija de Sion?;
pues es grande como el mar tu desgracia:
¿quién te podrá curar?
Tus profetas te ofrecieron
visiones falsas y vanas;
no denunciaron tu culpa
para que cambiara tu suerte,
sino que te anunciaron
oráculos falsos y seductores.
Sus corazones claman al Señor.
Muralla de la hija de Sion,
¡derrama como un torrente
tus lágrimas día y noche;
no te des tregua,
no descanses tus ojos!
Levántate, grita en la noche,
al relevo de la guardia;
derrama como agua tu corazón
en presencia del Señor;
levanta tus manos hacia él
por la vida de tus niños,
que desfallecen de hambre
por las esquinas de las calles.

Salmo de hoy

Sal 73, 1b-2. 3-4. 5-7. 20-21 R/. No olvides sin remedio la vida de los pobres.

¿Por qué, oh, Dios, nos rechazas para siempre
y está ardiendo tu cólera contra las ovejas de tu rebaño?
Acuérdate de la comunidad que adquiriste desde antiguo,
de la tribu que rescataste para posesión tuya,
del monte Sion donde pusiste tu morada. R/.

Dirige tus pasos a estas ruinas sin remedio;
el enemigo ha arrasado del todo el santuario.
Rugían los agresores en medio de tu asamblea,
levantaron sus propios estandartes. R/.

Como quien se abre paso
entre la espesa arboleda,
todos juntos derribaron sus puertas,
las abatieron con hachas y mazas.
Prendieron fuego a tu santuario,
derribaron y profanaron
la morada de tu nombre. R/.

Piensa en tu alianza: que los rincones del país
están llenos de violencias.
Que el humilde no se marche defraudado,
que pobres y afligidos alaben tu nombre. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 8, 5-17

En aquel tiempo, al entrar Jesús en Cafarnaún, un centurión se le acercó rogándole:

«Señor, tengo en casa un criado que está en cama parálítico y sufre mucho».

Le contestó:

«Voy yo a curarlo».

Pero el centurión le replicó:

«Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo. Basta que lo digas de palabra, y mi criado quedará sano. Porque yo también vivo bajo disciplina y tengo soldados a mis órdenes; y le digo a uno: “Ve”, y va; al otro: “Ven”, y viene; a mi criado: “Haz esto”, y lo hace».

Al oírlo, Jesús quedó admirado y dijo a los que lo seguían:

«En verdad os digo que en Israel no he encontrado en nadie tanta fe. Os digo que vendrán muchos de oriente y occidente y se sentarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; en cambio, a los hijos del reino los echarán fuera, a las tinieblas. Allí será el llanto y el rechinar de dientes».

Y dijo Jesús al centurión:

«Vete; que te suceda según has creído».

Y en aquel momento se puso bueno el criado.

Al llegar Jesús a la casa de Pedro, vio a su suegra en cama con fiebre; le tocó su mano y se le pasó la fiebre; se levantó y se puso a servirle.

Al anochecer, le llevaron muchos endemoniados; él, con su palabra, expulsó los espíritus y curó a todos los enfermos para que se cumpliera lo dicho por medio del profeta Isaías:

«Él tomó nuestras dolencias

y cargó con nuestras enfermedades».

Reflexión del Evangelio de hoy

Grita con toda el alma al Señor

Las lecturas que nos propone la liturgia de hoy tienen especial resonancia para nosotros en estos tiempos tan especiales que ha supuesto la crisis del coronavirus. El profeta vive y lamenta la destrucción de Jerusalén y la aniquilación de su Pueblo. Todas las estructuras sociales y personales están desmoronadas. El rey, los príncipes, los ancianos, las doncellas, los niños, todo está sometido a la devastación y ruina permitida por la mano del Señor para la conversión del pueblo. Parece que Dios ha vuelto la espalda a su pueblo. Por eso les recuerda cómo los profetas visionarios ofrecían al pueblo visiones falsas y engañosas y no denunciaban sus culpas para cambiar su suerte. Desoír la palabra de Dios y olvidar sus mandatos supone caer en la desgracia del abandono y desprotección del destino. Pero el Señor no está lejos, Dios sigue protegiendo a su pueblo y cobijándole en su mano. Por eso el profeta les exhorta: Grita con toda el alma al Señor, levanta hacia él las manos, láméntate y llora tu desgracia mientras imploras el auxilio de Dios. Jeremías lo tiene claro. Son tiempos horribles, oscuros, nefastos, donde parece perdido todo sentido y toda esperanza; de sufrimiento y dolor por la devastación y las víctimas sufridas. Por eso es más oportuno pedir con fuerza el amor del Padre, esperar con ánimo la gracia del Dios que no abandona a su pueblo, la mano que alienta y sostiene las fuerzas caídas de sus fieles. Dios acompaña la reconstrucción y el reencuentro del Pueblo y hace posible la nueva comunidad. Cada creyente es piedra del nuevo santuario de alabanza al Señor, y Dios no puede dejar de escuchar su incansable oración.

Lo que pidamos con fe, se nos concederá

Mateo nos presenta en este fragmento dos curaciones del Señor, dos ejemplos que atestiguan el mesianismo de Jesús. Por una parte, la curación a distancia del siervo del centurión. Por otra, la curación graciosa de la suegra de Pedro. Dos curaciones que, como es habitual, parten de la fe previa del que solicita la ayuda. Igual que Jeremías, en la lectura anterior, pide al pueblo una oración incesante para asegurar la respuesta divina, aquí la solicitud creyente ante el Señor recibe una respuesta cierta. El centurión no pide para él, demuestra una gran humanidad y condescendencia. Pide

para su sirviente, pero implora con toda la fe y la seguridad de ser escuchado. Pide desde la humildad, “yo no soy digno de que acudas a mi casa”, pero también desde la confianza absoluta: “basta un sola palabra y quedará curado mi criado”. Esta disposición sorprende incluso al mismo Jesús que reconoce y alaba la profunda fe del centurión: “En Israel no he encontrado en nadie tanta fe”. La curación de la suegra de Pedro se nos muestra como una atención familiar. Cuando Jesús llega a casa de Pedro, ve a la mujer con fiebre, la coge de la mano y la cura. Y la buena mujer se pone a servirles. Son dos acontecimientos que quedaron grabados en la mente de los discípulos y que Mateo nos narrará en su evangelio. Dos curaciones que testimoniaban por una parte el poder salvador de Jesús, y por otra la urgencia de la fe para asegurar la salvación. En medio de la enfermedad, la necesidad o la adversidad, la oración y la fe son el argumento para ponernos a salvo. En los momentos difíciles, partir como el centurión de la mirada hacia el otro y del sufragio por sus necesidades, serán el vehículo para poder construir un reino de salvación. Lo que esperamos que cambie y se reconstruya es lo que con nuestra fe, constancia, oración y misericordia seremos capaces de poner en marcha y edificar para los demás. Sólo la fe nos da el apoyo suficiente para construir el nuevo reino de Dios.

¿Somos capaces de ver la mano de Dios en nuestro mundo y confiar en que su ayuda es la esencia de nuestra esperanza?



D. Oscar Salazar, O.P.
Fraternidad de Laicos Dominicos de San Martín de Porres (Madrid)